

Puntos de convergencia, puntos ciegos, puntos de fuga

La operación comparativa en el abordaje de novelas y ensayos latinoamericanos de entresiglos

Alejandra Mailhe

Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de Entre Ríos

¿Cómo fabulan los intelectuales latinoamericanos de entresiglos su viaje hacia el mundo del otro? En especial, ¿qué modulaciones diferentes producen, en términos comparativos, las élites intelectuales de contextos latinoamericanos relativamente heterogéneos como los de Río de Janeiro y Buenos Aires? ¿Qué fantasías proyectan los ensayos “sociales” y las novelas de ambos campos culturales cuando imaginan el nuevo margen social de las grandes ciudades? Y por último, ¿qué relaciones comparativas articulan para forjar las identidades de clase y de nación, mirando el modelo europeo, la cultura de otros sectores y de cada país entre sí? Nuestra ponencia reflexiona sobre estas cuestiones, considerando comparativamente un conjunto de novelas y ensayos argentinos y brasileños, sesgados por el positivismo hegemónico en entresiglos. En este sentido, considera algunas novelas de Aluísio Azevedo y de Adolfo Caminha y ensayos de Nina Rodrigues, de Afonso Celso, de Manoel Bonfim y de Alberto Torres para el contexto brasileño, y algunas novelas de Eugenio Cambaceres, de Antonio Argerich y de Manuel Gálvez, y ensayos de Ramos Mejía y de José Ingenieros para el contexto argentino.¹

A fines del siglo XIX, obsesivamente representados por la novela y el ensayo de entresiglos, negros, mestizos, mulatos, criollos e inmigrantes europeos adquieren por primera vez visibilidad central en la ficción, al ser individualizados e insertos en la esfera de sus prácticas cotidianas con un detalle no explorado por la tradición discursiva previa. Pensados con los nuevos instrumentos conceptuales del positivismo, estos actores se vuelven objetos “legítimos” de representación estética y de conocimiento científico, aunque todavía devaluados como “ilegítimos”, y cautivos de una retórica etnocéntrica de largo aliento.

Aunque con grados de democratización social y de republicanismo marcadamente

Azevedo, y *Bom Crioulo* (1895), de Adolfo Caminha, y los ensayos *Os africanos no Brasil* (1905), de Nina Rodrigues, *Por que me ufano do meu país* (1901), de Afonso Celso, *A América Latina: Males de Origem* (1902), de Manoel Bonfim, y *O problema nacional brasileiro* (1914), de Alberto Torres. Para el caso argentino se consideraron las novelas *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich, *En la sangre* (1887), de Eugenio Cambaceres, e *Historia de arrabal* (1922), de Manuel Gálvez, y los ensayos *Las multitudes argentinas* (1899) y *Los simuladores del talento* (1904), de Ramos Mejía, y *La simulación en la lucha por la vida* (1903), de José Ingenieros (amén de algunos artículos publicados por este último en la *Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal*).

¹ Hemos considerado, para el caso brasileño, las novelas *O homem* (1887) y *O cortico* (1890), de Aluísio

desiguales,² las élites de Río de Janeiro y de Buenos Aires llevan a cabo en entresiglos una transformación semejante del espacio público, en el marco de modelos oligárquicos similares que aúnan modernización económica y autoritarismo político. La dimensión cultural de ese proceso modernizador implica en ambos casos la invención de una escenografía “europea”.

En particular, en Río de Janeiro la nueva configuración espacial tiende a ocultar o a expulsar a los sectores populares. Estableciendo un equilibrio sutil de visibilidades contrapuestas, esa expulsión del centro en el escenario urbano se contrapone abiertamente con la colocación central de estos actores en el escenario de los textos. En este marco, mientras las ficciones abordan obsesivamente a los actores populares, la nueva topografía urbana de Río traduce en el espacio un sentimiento compartido de temor “a que el morro descienda a la ciudad”: la élite recorta un territorio propio en torno del centro, excluyendo sectores populares y el margen social³ e intentando frac-

² De hecho, como veremos, desde la perspectiva de las élites nacionales, la problemática social brasileña del período, centrada en las consecuencias directas de la tardía Abolición de la esclavitud, contrasta con la problemática argentina del mismo período, centrada en cambio en el problema de la “invasión” de inmigrantes.

³ En Río de Janeiro, la reforma urbana desplaza sistemáticamente a los sectores populares hacia morros y suburbios, a la vez que un conjunto de leyes impopulares —como la de 1909 sobre la obligatoriedad del uso “de paletó e sapatos”— confina a los espacios “quilombados” todas las manifestaciones de la cultura popular, prohibidas en el centro. La reforma apunta a desarticular la “ciudad negra”, expulsándola fuera del radio moderno. Neder (1997) señala que, entre otras medidas, se erige un verdadero “paredón de orden” entre ambos espacios, mediante un cordón de predios policiales.

En Buenos Aires, según Scobie (1986) el sur es ocupado por los sectores populares y el margen social. Esta apropiación excluyente del espacio tiene motivaciones históricas y sociales muy precisas: el inicio de las primeras oleadas inmigratorias coincide con la epidemia de fiebre amarilla más importante (en 1871), que estalla en un conventillo del sur, y se expande luego a otros conventillos de la ciudad. Situada hasta entonces al sur de la Plaza de Mayo, la oligarquía se repliega defensivamente hacia el norte.

turar la ciudad en dos: una ciudad “europea” frente a otra “quilombada”.⁴ Sintomáticamente, junto con esta exclusión, los espacios “quilombados” en Río no son ni modernizados ni controlados internamente.

En contraste con el caso brasileño, las intervenciones de la élite en Buenos Aires parecen orientarse, más que en función de un criterio represivo, sobre la base de una racionalización planificada desde el Estado, tal como ha sido considerado por Gorelik (1998). En el caso argentino, a diferencia de este modelo brasileño, la búsqueda de una igualación por la cuadrícula reproduce en el espacio la búsqueda de una ciudadanización inducida, al menos teóricamente, en el campo político.⁵

Ahora bien, ¿cómo representan las novelas esa circulación del margen por los espacios públicos modernizados? Las ficciones brasileñas consideradas se colocan en el margen, o en la articulación entre margen y élite, como punto de vista privilegiado para aprehender críticamente las contradicciones de la experiencia moderna, y apoyándose en la homologación organicista entre espacio y sujeto, realizan un “viaje antropológico” a conventillos, prostíbulos y barrios marginales, convertidos en ghettos de una “barbarie impenetrable” en la que sólo penetra la ficción.

También Gorelik (1998) advierte que, durante la década de 1910, el eje de las protestas contestatarias se sitúa en el sur: el primer triunfo del socialismo en la Boca, la “Huelga de inquilinos” en San Telmo y la Boca, concentraciones socialistas en Constitución, etc., convierten el sur en la región “desde donde vienen los obreros a la ciudad”, mientras el norte queda identificado con el afincamiento de la élite.

⁴ Véase Neder (1997). No casualmente las fotografías y los mapeados oficiales tanto del Buenos Aires del Centenario de 1910 como del Río en proceso de reforma —momentos álgidos en la autorrepresentación eufórica de ambas élites—, invisibilizan deliberadamente los espacios de exclusión. Véanse, entre otros, Knauss (1997) y Scobie (1986).

⁵ Al respecto, véase Gorelik (1998).

Los textos centrados en la marginación social muestran sujetos que se representan a sí como cautivos en espacios insulares de fronteras infranqueables. Por ejemplo, *Bom Crioulo*, de Caminha, recorta personajes aislados, sin vínculos comunitarios ni familiares, en un mundo cerrado sesgado por la carencia de privacidad: los homosexuales intentan refugiarse en una intimidad precaria (sustituto de una *douceur du foyer* vedada), creada en los intersticios que deja libre la coerción del poder.⁶ También *O homem* y *O cortiço*, de Azevedo, muestran literalmente una “república del conventillo” sesgada por la exclusión. Sin embargo, a diferencia del caso anterior, en estas dos novelas los conventillos son espacios de integración social y de homogeneización, instancias de pertenencia en torno de las cuales el margen articula al menos una identidad propia racial, cultural y de clase. La contracara de esta integración son las coerciones, que en *O cortiço* amenazan (o fragmentan de hecho) esa unidad, revelándola nuevamente precaria.⁷ Así, más que un espacio de integración armónica, los sectores populares se constituyen a sí mismos en la propia tensión entre vínculos de solidaridad horizontal y fuerzas de fractura.⁸

Por otra parte, negros, mestizos y mulatos aparecen confinados a una condición social

de negritud restrictiva, motivo por el cual no pueden ni ascender socialmente ni fantasear ese ascenso. En este sentido, las ficciones de Azevedo piensan continuamente intercambios sexuales entre polos sociales enfrentados, precisamente porque las fronteras raciales (y culturales) son más rígidas que en el contexto argentino. En efecto, en contraste con diagnósticos como el de Azevedo —que combina una cierta “democratización” sexual con el confinamiento estamental propio de una sociedad paternalista no democratizada—, *¿Inocentes o culpables?*, de Argerich, y *En la sangre*, de Cambaceres, focalizan inmigrantes individualizados (esto es, ya reconocidos por el texto como individuos) en proceso de rápido ascenso social. Ambos textos representan a sectores populares desintegrados, sin comunidad de intereses ni lazos de solidaridad, pero precisamente porque el marginal puede imaginarse (y acaso constituirse) como individuo. Por eso el conventillo es aquí un lugar *de paso* más que un confinamiento compartido: son las oportunidades de ascenso (reales o fantaseadas) las que dificultan la cohesión, produciendo desclasados que recorren la ciudad, rodeando (o penetrando) los codiciados espacios de poder.⁹ En esta construcción del *advenedizo*, Argerich y Cambaceres apelan a los conceptos de “raza inferior”, “simulación” y “degeneración” biológica y moral para estigmatizar la inmigración. Ante la carencia de barreras raciales o culturales infranqueables, reponen marcas simbólicas “indelebles” capaces de reasegurar la hegemonía de la élite. Así, potenciando la “degeneración heredada”,¹⁰ los ambientes sociales

⁶ No casualmente sólo Aleixo se muestra a sí mismo como objeto de deseo en el centro de la ciudad; para el negro, en cambio, las fantasías de circulación e inserción por los espacios públicos de la élite están denegadas. Sobre los cruces entre género y clase en la novela, véase Antelo (1998).

⁷ Esa violencia es visible tanto en las invasiones policiales (frente a las que el conventillo pone en juego sus propias prácticas de resistencia popular) como en los duelos entre iguales (las peleas familiares, el ataque del conventillo enemigo, los incendios intencionales de “la Bruja”, y las fuertes rivalidades nacionalistas).

⁸ En este sentido, es sintomático el hecho de que no exista racismo en el interior del conventillo (más allá de que los inmigrantes permanezcan separados), lo que prueba que la “negritud” opera en estos grupos como condición de clase impuesta desde afuera mucho más que como condición racial capaz de dividir a la clase en grupos.

⁹ Especialmente los desplazamientos de Genaro, en la novela de Cambaceres, muestran esa circulación sin escollos del *advenedizo* por espacios sociales cada vez más vedados: del conventillo a la casa propia, al Teatro Colón y a la estancia oligárquica.

¹⁰ Para probar la degeneración heredada y la regresión (en lugar del anhelado progreso), las dos novelas reconstruyen la genealogía de las patologías familiares. En

nocivos del conventillo y la calle¹¹ y la educación (que fomenta peligrosas fantasías de ascenso) aparecen como los responsables de desencadenar la “perversión moral”.

Argerich es optimista en la medida en que cierra la ficción negando la posibilidad de una alianza entre clases trabajadoras “nacionales” y “degeneración extranjera” (el protagonista fracasa en su proyecto de ascenso y se suicida).¹² *En la sangre*, en cambio, radicaliza el desprecio y el temor ante las masas inmigrantes¹³ en la medida en que las aspiraciones del trepador social se concretan.¹⁴ “Afortunadamente”, si el protagonista logra “injertarse arriba”, su in-

efecto, en ambas se presentan familias desestructuradas, con padres incultos, violentos, avaros y/o enfermos de “vicio orgánico” o “mental”; madres ingenuas (*En la sangre*), o dominantes, lascivas y faltas de sentimiento maternal (en *¡Inocentes o culpables?*). A la vez, en ambos textos, el tópico del nacimiento –descrito en detalle como un acto de violencia que contradice las leyes de la naturaleza– aparece como prefiguración del lugar en el mundo al que está destinado el protagonista (biológica y socialmente degradado).

¹¹ Por ejemplo, Genaro juega en la calle “a los hombres y las mujeres”, en una pandilla comandada por un mulato degenerado y autoritario.

¹² El protagonista de Argerich, que nunca completa los estudios ni logra entrar en los espacios de poder, se suicida enfermo de sífilis, impidiéndose así, *oportunamente*, el casamiento con una joven humilde (*pero* decente) de una familia tradicional.

¹³ Esta radicalización es visible no sólo en relación con Argerich, sino también en relación con los textos previos del propio Cambaceres –que pasa de ficcionalizar el desprecio al inmigrante desde una posición segura (*Pot-pourri*), a percibir con preocupación la movilidad social de estos sectores descalificando su falta de cultura e inteligencia (*Música sentimental*), hasta reconocer la ciudad “tomada” por una muchedumbre de gringos advenedizos, y confinando a la élite en un refugio defensivo en el campo (*Sin rumbo*). *En la sangre* muestra que la preocupación frente al problema inmigratorio se ha agravado.

¹⁴ Gracias a una capacidad “instintiva” para ocultar su “esencia”, Genaro asciende forzando diversas “puertas abiertas” (un símbolo reiterado que expresa la vulnerabilidad de espacios tradicionales ahora usurpables por las masas). Los espacios hasta ahora monopolizados por la élite –desde la Universidad hasta el Carnaval en el Colón– se han vuelto peligrosas instancias de pasaje.

capacidad “natural” para manejar la palabra¹⁵ asegura su exclusión de los últimos espacios legítimos que la élite no puede resignar: los de la literatura y la política. También Gálvez, en *Historia de arrabal*, muestra personajes aislados, desagregados sociales, aunque aquí se invierte el gesto xenófobo de Argerich y Cambaceres, en la medida en que la peligrosidad social se sitúa del lado del delincuente criollo, frente a la figura positiva del obrero descendiente de inmigrantes.

En contraste radical con ese *corpus* de textos argentinos, en las novelas brasileñas consideradas, el único que asciende socialmente sorteando el confinamiento a los sectores populares es el inmigrante portugués João Romão en *O cortiço*, comparable con los casos argentinos en la medida en que presenta los mismos rasgos de avaricia patológica, explotación inhumana y robo como vía de acumulación de capital.¹⁶ Pero aquí, a diferencia de los autores de la Argentina, el robo no es presentado como usurpación a la élite, sino (sobre todo) a los propios sectores populares.¹⁷

¹⁵ La novela señala reiteradamente que Genaro hace sus jugadas “calladito la boca”; se ve obligado a simular que está borracho, para ocultar así su incapacidad para hablar en público; en su imposibilidad de trascender la inmediatez material y acceder al sentido del lenguaje, reduce la letra escrita a “una culebra escurridiza”; luego el libro se le presenta como “una puerta cerrada”.

¹⁶ João Romão, el dueño del conventillo y de la fonda, primero acumula capital; luego decide “civilizarse” adoptando deliberadamente los consumos de la élite (de capitales a modales, la novela separa claramente lo material y lo simbólico en la construcción de la posición social). Finalmente, se deshace de la lacra de la esclava, para casarse con la hija de los vecinos ricos, evidenciando de manera flagrante el lazo entre capitalismo y sistema esclavócrata.

¹⁷ Además, a diferencia de los casos argentinos, es evidente que Azevedo amplía las alternativas sociales del inmigrante, a través de la construcción de otros dos modelos enfrentados como el de Miranda (el vecino enriquecido y aristocratizado), o el de Jerónimo –que se “abrasileña”, perdiendo pautas de progreso y tradiciones “europeas” a cambio de “vicios tropicales”–.

Entonces, ¿cómo mira los textos la cultura popular? Por una parte, aunque a menudo contradictorias, varias ficciones devalúan explícitamente toda concepción romántica de los sectores populares, presentada como distorsión ideológica (*¿Inocentes o culpables?*) o producto de una patología que pierde de vista la peligrosidad del otro (*O homem*). Aunque parten de un marco *legitimista* compartido (evaluando, negativamente y desde arriba, las prácticas populares),¹⁸ la mirada atemorizada en los escritores argentinos obtura más fuertemente que entre los brasileños la exploración en profundidad de ese universo cultural “otro”, negándole autonomía y densidad semántica. El resultado es una mirada más pobre sobre los pobres, aplastada por la obsesión de denunciar la simulación o el falseamiento de la alta cultura:¹⁹ de hecho, el simulador es un sujeto vacío que ha internalizado solamente la propia ilegitimidad.²⁰

En efecto, en Argerich y en Cambaceres la percepción de los narradores pierde densidad

¹⁸ Sintomáticamente, Argerich se queja de que la Argentina “carece de proletariado” porque los pobres copian los consumos culturales de la élite, mientras los intelectuales brasileños se quejan de que el “Brasil carece de pueblo”, porque los pobres caen por debajo de los parámetros eurocéntricos (al respecto, véase Murilo de Carvalho, 1996). “Simuladores” o “bestializados”, son aprehendidos por las élites carioca y porteña como desvíos del mismo modelo hegemónico.

¹⁹ Este miserabilismo se hace particularmente álgido en *¿Inocentes o culpables?* El narrador/pedagogo/moralista no sólo evita detenerse en las prácticas culturales específicas de estos grupos, eludiendo incluso las prácticas sexuales de los personajes, sino que además evita deliberadamente el registro de las jergas y dialectos populares “para instruir a las masas”. Esta perspectiva —que niega toda marca de especificidad cultural— resiente la representación estética.

²⁰ Genaro no sólo repite siempre la palabra *verdadera* de los otros, y simula bienes, consumos y valores ajenos: además, se devalúa a sí mismo, anticipándose siempre a la devaluación a la que lo someterán los otros. La apelación del narrador al discurso indirecto libre permite explotar la ambigüedad entre el maltrato que infringe el narrador al personaje, y el del personaje hacia sí mismo.

a medida que se aleja de su clase: si el pasaje rápido del trepador por el conventillo pone en evidencia la extrema movilidad social, también suscita la sospecha de que se trata de un punto de vista narrativo tan etnocéntrico que no narra *porque no conoce*. Parecería que estos autores quedan atrapados en un círculo vicioso: entre la fantasía de una dominación cultural internalizada (efectiva al punto de borrar todas las marcas específicas de la cultura dominada), y el terror de que esa internalización permita el libre movimiento por los espacios de la cultura dominante.

Y aunque a diferencia de Argerich y Cambaceres Gálvez parece colocarse en un lugar de denuncia de la explotación, al igual que ellos opone cultura e instintos, y no muestra la cultura del margen más que como ilegitimidad. El efecto ideológico es unívoco: el mismo miserabilismo xenófobo obliga a no ver en los nuevos sectores populares más que “imitación” de una cultura legítima vedada.

En cambio, en las ficciones brasileñas se articula más bien una mirada estrábica que oscila entre el legitimismo (que conduce a subrayar las carencias),²¹ y cierto relativismo que obliga a reconocer la especificidad de esa cultura “otra”, y la existencia de prácticas *ad hoc* de resistencia a la dominación.²² En lugar

²¹ Al denunciar la imposibilidad de consolidar una esfera de la intimidad, el narrador evalúa la pobreza de los pobres desde arriba, a partir de lo más valorado en el marco de su condición burguesa.

²² Caminha parece señalar que los sectores populares, aun siendo “carentes”, “dominados”, tienen sus propias estrategias para adaptarse y suplir esas carencias con *otra cosa*. Por ejemplo, el narrador describe detalladamente la decoración vulgar del cuarto improvisado como hogar de los amantes. Los objetos ordinarios acumulados como en un bazar —tratando de suplir simbólicamente las faltas a través del amontonamiento—, la presencia emblemática del retrato del Emperador, la preocupación narcisista de Aleixo por el cuidado de sí, o el propio vínculo homosexual, muestran valores “devaluados” pero reconocidos como propios: el mundo de los pobres no es un mundo (sólo) vaciado de gustos “verdaderos”, sino también portador de gustos *otros*.

del vacío legible en Argerich o en Cambaces, el otro es denegado, pero también reconocido como portador de sus propios valores éticos, estéticos y políticos, y (hasta cierto punto) de sus propias opciones sexuales.

Aun en clave legitimista, Azevedo y Caminha contrastan con los autores argentinos al atender a una rica diversidad de prácticas, y desplegar la heterogeneidad cultural de los sectores populares. Especialmente en *O cortiço*, el narrador despliega un rico registro “antropológico” en el interior del conventillo, registrando desde el trabajo cotidiano, el ocio y las fiestas hasta la formación de barricadas. Azevedo/relativista devuelve una lógica autónoma a esa “república”, e incluso reconoce formas específicas de autolegitimación (jerarquías, valores y relaciones de poder exclusivas del conventillo).²³

De este modo, parecería que la élite carioca expulsa a los sectores populares hacia los morros mientras que la novela, por el contrario, penetra esos espacios marginados para subrayar los clivajes que reafirman la cohesión social, al tiempo que la élite porteña proyecta una igualdad en el espacio mientras la novela, por el contrario, refuerza las defensas simbólicas que, desde la cultura, reaseguran la exclusión.

Ahora bien, ¿qué relaciones establece el deseo en cada *corpus* y en cada cuerpo en el interior de los sectores populares, y entre sectores populares y élite? Puede pensarse que en

²³ Un caso paradigmático es la autonomía de valores puesta en juego por los personajes del conventillo frente a la prostitución. En el marco de los valores compartidos entre narrador y lector, el lesbianismo de Léonie y la violación de Pombinha (como iniciación en la prostitución) apuntan a estigmatizar la prostitución como “vicio moral”; sin embargo, los habitantes del conventillo no emiten juicios morales sobre la prostitución, considerándola más bien como una estrategia válida en la conquista de autonomía económica y libertad individual. El texto condena pero, junto con la condena, registra un mundo *ad hoc*.

los textos argentinos no hay deseo, sino circulación de violencia,²⁴ enfermedad²⁵ y ambición económica. El simulador está fuera del legítimo “buen gusto” y fuera del placer, privado no sólo de autonomía cultural, sino también de salud y de capacidad de goce. Así, las novelas argentinas consideradas confirman el esquema de valores que identifica sexualidad, irracionalidad y delincuencia populares, frente a moralidad, cultura y control sobre la sexualidad y el inconsciente propios de un modelo “civilizado” de sujeto.²⁶

En cambio, las ficciones brasileñas reconocen una subjetividad deseante entre los marginales,²⁷ pero negros y sectores populares vuelven a ser definidos sobre la base del predominio del cuerpo, la inmanencia, los instintos y la fuerza como *excesos* (de libido sexual o de potencial de rebelión), afirmando los estereotipos que, ya en el Brasil de entresiglos, definen la identidad de los sectores populares nacionales en función de una sexualidad patológicamente “exuberante”.

En la novela *O homem* (1887), Azevedo ficcionaliza una transgresión dramática a los límites socio-sexuales (la emergencia escandalosa del deseo en una joven de la oligarquía, que se apasiona de manera enfermiza por un obrero desconocido).²⁸ La enfermedad

²⁴ Por ejemplo, en *¿Inocentes o culpables?*, la lasciva noche de bodas de Dagiore es una suerte de estupro legal.

²⁵ En *¿Inocentes o culpables?*, el adulterio de Dorotea, la mujer de Dagiore, o la sífilis del hijo como castigo de una sexualidad “inmoral” en los prostíbulos; en *En la sangre*, la sodomía infantil de Genaro.

²⁶ Como Monsalvat en *Nacha Regules*, Forti opera como “redentor” de la prostitución, sobre la base de un sentimiento “puro” en el que convergen solidaridad, conciencia social, paternalismo y culpa.

²⁷ Incluso, estetiza el cuerpo de Aleixo como objeto de contemplación y de deseo, inscribiéndolo en un código estético y cultural elevado, que la novela de entresiglos preserva para el cuerpo femenino. Así, mientras el deseo del negro queda atrapado en el orden de los instintos, Aleixo es incorporado reiteradamente al imaginario de la cultura helénica.

²⁸ La novela se centra en el proceso de “histerización” de una joven de la oligarquía que, en su encierro repre-

femenina pone en circulación un exceso –de libido sexual– peligrosamente desviada de sus cauces *naturales* (de heterosexualidad y maternidad).²⁹ Desde la óptica de la histérica, el lugar de los sectores populares es fantaseado como un espacio de liberación de los instintos y pura corporalidad, un escenario exuberante gestado en el contacto inmanente con la naturaleza, a la vez que vaciado de contenido, reducido a un puro soporte material.³⁰ Aquí, el deseo por el otro es estigmatizado como el lugar de la patología y de la distorsión romántica. De este modo, por un lado la novela sugiere una ruptura significativa respecto de las ficciones románticas fundacionales de una cohesión sexual/social en el pasado, bajo modelos paradigmáticos como el de *O guarani*, de José de Alencar. Pero si el deseo del “otro” también opera como síntoma de una cohesión nacional necesaria, que todavía permanece apenas en el plano de la fantasía y de la enfermedad, entonces el texto pondría en escena la emergencia de una pulsión irreprimible que la civilización represiva (y la división social) se esfuerza en vano por controlar. De cualquier modo, las novelas brasileñas parecen trazar un movimiento opuesto al de las novelas argentinas, ya que allí no es tanto el advenedizo el que acosa a los sujetos de la élite sino más bien la élite la que acosa a los sectores populares como objeto.

O cortiço (1890) es una novela extremadamente transgresora en la representación de

sivo y enfermante, dirige su deseo hacia un obrero que diariamente contempla por la ventana. Agravada la enfermedad hasta el delirio y la locura, la protagonista mata al obrero y a su mujer.

²⁹ Implícitamente, tanto *O homem* como *Bom Crioulo* legitiman, por contraste con la patología, un régimen sexual “normal”, claramente enmarcado en el discurso médico hegemónico de entresiglos definido por Ange-
 no (1984).

³⁰ Este vaciamiento se vuelve explícito en los sueños de la enferma, donde el trabajador se deja vampirizar por ella, cediendo su exceso de energía, o es un “espíritu superior” encarnado en el cuerpo *vacío* de un obrero.

prácticas y motivaciones sexuales. Aquí el deseo no se presenta como patrimonio exclusivo de los sectores populares, aunque en ellos alcance una remisión mayor a las determinaciones biológicas. Si algo salta las barreras diferenciales de raza, clase y cultura, acercando *sobrados* y *mocambos* urbanos, es precisamente una sexualidad desbordante que anuda los espacios vecinos del palacete y el conventillo.³¹ En plena capital *modernizada*, esa vecindad –como la antigua vecindad promiscua entre *casa grande* & *senzala*–, metaforiza la comunión entre actores demasiado alejados que encuentran en la sexualidad una instancia de intercambio y de sojuzgamiento. Así, Azevedo desenmascara la pervivencia *patologizante* de un orden tradicional bajo la fachada de la república moderna, al trasponer esas marcas al orden de la subjetividad (*O homem*) o al de las prácticas sexuales de dominación (*O cortiço*).

A diferencia del repliegue defensivo de los textos argentinos (ante la movilidad social abierta por la educación), las ficciones de Azevedo bucean en zonas “no racionales” de contacto, en la “&” que anuda a dominantes y dominados, creando un efecto de cohesión en los intersticios de intercambio que contrabalancean (o acaso refuerzan) la exclusión. Esas fisuras establecen un contrapunto con los discursos oficiales; violan los cercos materiales y simbólicos con que la élite excluye del centro a los márgenes “bárbaros”; revelan, tras la máscara de la modernidad, la pervivencia de vínculos de “promiscuidad” y “abuso”, legibles como rasgos esclavócratas.

En oposición, las ficciones argentinas postulan una distancia insalvable entre intelect-

³¹ Esa sexualización aparece continuamente atravesada por la experiencia de la dominación (desde la explotación sexual que João Romão ejerce sobre la negra Bertoleza, hasta la de personajes femeninos que apelan a la sexualidad como estrategia para conquistar la libertad o ascender socialmente).

tuales y masas, que se espacializa impidiendo el acercamiento efectivo a los sectores populares, más allá de los encuentros ocasionales en los espacios públicos, fuertemente sesgados por la connotación de la “amenaza”. De este modo, mientras las fábulas brasileñas muestran una proximidad física (urbana y sexual) extrema (poniendo en acto una cohesión necesaria para saldar las fracturas sociales radicales que amenazan el orden republicano), por el contrario los textos argentinos subrayan el riesgo de una proximidad “contaminante”, como reacción compensatoria ante una movilidad social y una democratización cultural evidentemente mayores.

Más allá de estas diferencias, también existen puntos de convergencia generales entre ambos *corpus* de textos. Negros, pederastas, criminales, histéricas, prostitutas y sectores populares en general evidencian en ambos casos el temor inconsciente de las élites a perder su legitimidad de poder, y expresan la angustia ante una suerte de amenaza simbólica de castración. La experiencia moderna, que fragiliza la identidad propia, conduce a proyectar en el Otro lo temido en Uno mismo. La base sobre la que se estructura esta mirada estrábica de los intelectuales, que acerca y aleja todo el tiempo la cultura de los sectores populares, y fija límites a la confusión angustiante entre trabajador y delincuente, recuerda el movimiento ambivalente, de reconocimiento y extrañeza, a que obliga lo siniestro.

Desocultando los espacios “quilombados”, inscribiendo al otro en una nueva visibilidad simbólica, los narradores argentinos y brasileños legitiman el papel privilegiado de la novela para aprehender a los pobres. En este sentido, sugieren que ni los tratamientos médicos ni las invasiones policiales alcanzan la eficacia de los textos para procesar las contradicciones ya evidentes de la experiencia moderna. Articulando el pasaje con el exotismo más remoto, las capitales aparecen desga-

rradas entre la escenografía de París y la de Canudos, entre la civilización y la supuesta barbarie que pervive en conventillos y favelas, enquistada en el seno de la modernidad. La literatura ensaya así su viaje paradójico hacia lo lejano/cercano, hacia el “Otro inquietante en nosotros”.

Hasta aquí las novelas. Ahora bien, sintéticamente ¿qué hacen los ensayos en ambos campos culturales? En el contexto argentino, varios textos de Ramos Mejía y de Ingenieros abordan obsesivamente a los sectores populares y el margen social para redefinir las fronteras entre clases trabajadoras y peligrosas e imponer así nuevos ordenamientos sobre las masas angustiosamente indiferenciadas. Algo semejante realizan, en términos generales, los ensayos de Nina Rodrigues y Afonso Celso en el contexto brasileño. En ambos *corpus* las taxonomías elaboradas insistentemente por los textos (como la clasificación de los simuladores o de los tipos sociales que integran las multitudes) revelan esta preocupación por imponer un orden sobre las nuevas otredades en formación. A priori, los discursos considerados apelan en conjunto a diversas categorías de análisis que rejerarquizan el espacio social atravesando la dominación social y política: simuladores, inmigrantes, judíos, anarquistas, enfermos, delincuentes natos o por ocasión... La determinación biológico/racial, nacional, religiosa o psicológico/moral articula lazos y tensiones que se imprimen por encima (o por dentro) de las tensiones de clase. Recurrente, la idea de la conspiración y el asalto al poder asume diversas modulaciones en los ensayos del período, por la intervención de masas imaginarias que realizan atentados contra el nuevo orden, demostrando el temor ante la fragilidad de las instituciones amenazadas “desde abajo”.

En especial, en el contexto brasileño, Nina Rodrigues y Celso adoptan una posición crítica de la composición racial de las masas,

concebidas como alteridades irracionales capaces de poner en cuestión peligrosamente la autoridad de los grupos dirigentes. Apelando a un mismo marco positivista, aunque con modulaciones diferentes, ambos autores apuntan a legitimar en conjunto el lugar privilegiado de la élite, recortando un espacio social de autoidentificación fundado en la exclusión del “otro”. Así, frente a una inmigración escasa y demorada, y una resistencia a la democratización social más fuerte que en el contexto argentino, el racismo brasileño apenas oscila entre la construcción de un escenario vacío exuberante (que espera la profilaxis de las masas gracias al blanqueamiento “desde fuera”) y la crítica escéptica y negativa (que, en el mejor de los casos, confía en una futura fractura racial de la nación).

Frente a esas perspectivas racialistas, Manoel Bonfim y Alberto Torres –desde una posición incipientemente populista y crítica de la impopularidad de la República– atacan el racismo, desenmascarado ahora como una ideología al servicio del imperialismo, al tiempo que reconocen la legitimidad propia de las prácticas sociales y culturales de los sectores populares.

Así, en el ensayismo brasileño la reflexión sobre las alteridades sociales y la identidad nacional presenta un juego interesante de visiones contrastadas: los intelectuales brasileños oscilan entre un racismo exagerado y la crítica voraz al racismo, llevando el disenso hasta el límite de las posibilidades, al enfrentarse entre perspectivas hegemónicas, residuales e incipientemente contra-hegemónicas marcadamente diversas. Esta heterogeneidad de posiciones para pensar al otro obedece no sólo a la incipiente puesta en crisis del paradigma epistemológico del positivismo, sino también a la exasperación peculiar que la polémica racialista adquiere en el Brasil, especialmente ante una abolición de la esclavitud demasiado demorada y demasiado reciente, que aún no ha alterado las estructu-

ras sociales y políticas de fondo. Las polémicas extremas contenidas en los ensayos (cuando piensan el papel de las multitudes en relación con el atraso nacional) dan cuenta de las múltiples fracturas que sesgan la etapa de transición. Inviabile, ni el racismo extremo de Nina Rodrigues ni la simplificación idealizante de Celso logran hegemonizar la perspectiva de los intelectuales frente a las nuevas masas. Además, a través de este debate implícito parece revelarse la presencia de una élite heterogénea, con intereses enfrentados y que interviene en espacios culturales todavía poco institucionalizados (y con una homogeneización ideológica relativamente baja).

Al comparar los *corpus* de textos brasileños y textos argentinos de entresiglos, se revela una mayor homogeneidad en nuestro espacio cultural, y acaso una actitud corporativa más cerrada, amén de una gravitación menor de las determinaciones raciales. De allí quizá provenga la importancia capital que en los ensayos argentinos adquiere la categoría de la “simulación”, convertida aquí en una zona privilegiada de disputa y de debate político y social. En efecto, no parece casual que este concepto atraiga obsesivamente la reflexión de novelas y ensayos argentinos, y en cambio no aparezca (al menos explícitamente) en ningún texto brasileño, pese a que se trata de una categoría clave en el discurso criminológico de la época.³² En este sentido, puede observarse que los ensayistas brasileños tienden a colocar en primer plano la cuestión racial que los argentinos relegan a un plano secundario, o matizan continuamente reponiendo variables sociales y culturales: ante una multitud difícilmente clasificable en términos raciales, los intelectuales argentinos reaccionan preservando las jerarquías amenazadas por

³² Téngase en cuenta que los textos argentinos (por ejemplo, los de Ingenieros) circulan en el contexto brasileño de la época tanto o más que los de Nina Rodrigues en el contexto argentino.

medio de la reinserción de marcas de exclusión que, ilegibles en el “cuerpo del otro”, remiten al plano simbólico.³³

En cada contexto nacional y en cada universo discursivo, novelas y ensayos naturalistas disputan entre sí la aprehensión de un objeto particularmente contencioso: el de los sectores populares/la cultura popular. Para ello, los textos polemizan con la incipiente tradición nacional y con las otras estéticas contemporáneas (que, en el mismo campo intelectual, pugnan por una definición “más legítima” del mismo objeto). A la vez, dialogan obligadamente con los modelos europeos hegemónicos, que ejercen una interpelación paradigmática sobre las producciones periféricas. Al engendrar nuevas definiciones de la cultura “nacional” como “desvío adaptativo”, repiten el gesto producido *ab origine* por la historia del continente desde la conquista y la colonización, ya que la identidad cultural vuelve a vertebrarse en el seno de una relación de comparación asimétrica. Así, mientras la élite carioca reconoce que el Brasil “carece de pueblo” (según la condena enfática de la élite política), o que el brasileño articula un “estilo tropical” como respuesta adaptativa y periférica a la cultura central, la élite argentina niega la cultura de los inmigrantes (como copia infamante de la cultura europea) y la cultura de los sectores populares nacionales (como copia infamante de la propia cultura). De hecho, en ambos contextos de entresiglos el sistema de la cultura erudita tiende a negar la heterogeneidad de la cultura latinoamericana, obturando el reconocimiento de otros sistemas, como los de matriz indígena o afroame-

ricana. En ambos campos culturales habrá que esperar a las vanguardias de los años veinte (el “Manifiesto antropológico”, de Oswald de Andrade, y a “El escritor argentino y la tradición”, de Jorge Luis Borges, por ejemplo) para que la periferia sea exaltada como una instancia privilegiada para apropiarse del modelo europeo de manera creativa e irreverente, y para que se desarticulen las connotaciones negativas asignadas a las culturas populares.

También los universos discursivos de la sociología y la novela se disputan entre sí la legitimidad propia en la aprehensión de estos grupos y prácticas sociales. En efecto, la representación de estos actores constituye una estrategia particular desplegada por los textos, para revalorizar la eficacia más alta –de las ciencias sociales en formación o de la literatura y el arte– para definir la cultura y la identidad nacionales.

Así, las escrituras de entresiglos traman una compleja red de comparaciones que late implícita o explícitamente en los textos. En un juego de pliegues y desdoblamientos especulares, la comparación constituye una de las operaciones fundamentales a la que apela cada élite intelectual para articular las identidades de los discursos y de los sujetos. Incluso la identidad de las alteridades sociales emana casi exclusivamente de una relación comparativa, pues en los textos de un sistema cultural “erudito” (que se recorta por contraste con respecto a las prácticas populares), el “otro” no es más que una visión distorsiva y/o pauperizada de un “yo” marcadamente etno/euro/egocéntrico que se afirma a sí mismo subrayando las diferencias refractadas en la alteridad.

En este sentido, novelas y ensayos del período realizan un ejercicio velado de comparación permanente, articulando la relación entre las culturas argentina y brasileña con la europea, entre los centros urbanos (de Río de Janeiro o Buenos Aires) y las metrópolis de la modernización central, con los discursos he-

³³ En este sentido, cabe advertir que varios textos señalan las diferencias culturales como refuerzos de la exclusión política, e incluso convierten las “carencias culturales” en síntomas potenciales de la patología biológica o moral, reponiendo así las barreras que en términos raciales no pueden erigirse fácilmente.

redados de cada incipiente tradición nacional, con las regiones interiores (que evidencian el contenido “latinoamericano” relativamente negado en las grandes capitales), y entre los sistemas de la cultura de élite (el elemento homogeneizador en el que pretenden espejarse ambos campos intelectuales) y otros sistemas que contradicen esa homogeneidad.

Finalmente, recortando un territorio simbólico homogéneo por contraste comparativo con respecto a Europa y los Estados Unidos, algunos textos forjan explícita o implícitamente las primeras figuraciones del continente latinoamericano como totalidad cultural, discutiendo el alcance y las consecuencias del legado “latino” y de la heterogeneidad racial (elementos que se perciben como trazos *innegables* de la identidad latinoamericana). En particular en el contexto brasileño, varios textos piensan el proceso de colonización (o la solución del Brasil frente al “problema negro”) a partir de la comparación recurrente con los Estados Unidos (y en menor medida con el Caribe), definiendo por contraste el modelo propio –ya evidente– de integración por el mestizaje. Al mismo tiempo, desde perspectivas ideológicas opuestas, el racismo brasileño concibe la identidad nacional como desgarrada entre los polos opuestos de la Argentina y Haití, y el antiimperialismo de Bonfim y Torres insiste en la integración del Brasil en América Latina por su convergencia histórica, social y cultural, acercándose así a otras miradas políticas paradigmáticas en el continente, como la de José Martí.

En particular, esa integración del Brasil en el escenario simbólico de América Latina (ya latente en los textos de entresiglos) ha sido un camino insólitamente poco transitado por

la crítica latinoamericana producida dentro y fuera del Brasil, y sobre todo para pensar el período de entresiglos.³⁴ Nuestro breve trabajo obedece a la conciencia de que esa deuda debe ser saldada. De allí que sobre estas comparaciones producidas en entresiglos se imprima nuestro propio ejercicio comparativo, buscando –otra vez, como los propios textos del período– partir de la comparación contrastiva para revelar los puntos de convergencia y los puntos de fuga, los bordes en los que se recorta la propia identidad. En este sentido, la lectura aquí ensayada no apunta a cerrar los interrogantes, sino a desplegarlos, señalando algunas respuestas parciales y provisionarias, y atendiendo tanto a las coincidencias entre los textos, como a sus movimientos de alejamiento y diferenciación, en un contexto latinoamericano que busca al mismo tiempo –y todo el tiempo– la unidad y la dispersión, dibujando una paradoja altamente problemática... y quizás, por eso mismo, fascinante. □

³⁴ Al percibir algunos puntos de convergencia y ciertas tensiones que, en ambos contextos nacionales, se forjan para pensar la otredad social, nuestro trabajo pretende formar parte de un ejercicio mayor de puesta en relación que sea capaz de saldar, al menos en parte, el vacío de trabajos comparativos sobre el Brasil y el resto de América Latina (sobre todo para el campo cultural de entresiglos). Ese vacío, señalado por Ángel Rama (1985) y por Antonio Cándido (1985) entre otros, continúa a la espera de nuevas producciones comparativas que, tanto dentro como fuera de la crítica brasileña, profundicen la reflexión sobre las relaciones entre estos contextos (por ejemplo, resulta significativa la flagrante escasez de trabajos que vinculen el “decadentismo” brasileño –de João do Rio, Gastão Cruls o Théó Filho– con el modernismo latinoamericano de Díaz Rodríguez, Rubén Darío o José Martí, cuando los puntos de convergencia estéticos e ideológicos resultan evidentes).

Bibliografía crítica

Angenot, Marc (1984), *Le cru et le faisandé. Sexe, discours social et littérature á la Belle Époque*, París, Labor.

Antelo, Raúl (10/1998), “Protocolos de lectura. El género en reclusión”, en revista *Mora*, N° 4, Buenos Aires, UBA, Facultad de Filosofía y Letras.

Cándido, Antonio (1985), “Exposición”, en Pizarro, Ana (coord.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL.

Gorelik, Adrián (1998), *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Knauss, Paulo (junio/1997), “Imagem do espaço, imagem da história. A representação espacial da cidade do Rio de Janeiro”, en *Tempo*, vol III, N° 3, Río de Janeiro, UFF.

Murilo de Carvalho, José (1996), *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, San Pablo, Companhia das Letras.

Neder, Gizlene (junio/1997), “Cidade, identidade e exclusão social”, en *Tempo*, vol. III, N° 3, Río de Janeiro, UFF.

Rama, Ángel (1985), “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en Pizarro, Ana (coord.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL.

Scobie, James (1986), *Buenos Aires, del centro a los barrios*, Buenos Aires, Solar.